

Jesús muerto en la cruz, lo más claro que sabemos de Dios

Retiro Sábado Santo 4 de abril 2026
Meditación sobre el sufrimiento
para inspirar el sentido de una comunidad pastoral de dolientes

Jaime Coiro C., diác.

Stabat Mater ("Estaba la Madre", en latín) es un poema medieval que data del siglo XIII, de origen franciscano que desde el siglo XV se ha usado como secuencia y como himno para las festividades de la Mater Dolorosa. Comienza con las palabras *Stabat Mater dolorosa* ("Estaba la Madre dolorosa"). Como plegaria, medita sobre el sufrimiento de María, la madre de Jesús, durante la crucifixión de su hijo.

Escucharemos el *Stabat Mater*, RV 621, de Antonio Vivaldi, que es su obra vocal de carácter sacro más temprana que se conoce del compositor italiano, compuesta por encargo para la fiesta patronal de la iglesia de Santa Maria della Pace en Brescia, en 1712. Leeré la versión castellana de Lope de Vega.

La Madre piadosa estaba
junto a la cruz y lloraba
mientras el Hijo pendía.
Cuya alma, triste y llorosa,
traspasada y dolorosa,
fiero cuchillo tenía.
¡Oh, cuán triste y cuán aflicta
se vio la Madre bendita,
de tantos tormentos llena!
Cuando triste contemplaba
y dolorosa miraba
del Hijo amado la pena.
Y ¿cuál hombre no llorara,
si a la Madre contemplara
de Cristo, en tanto dolor?
Y ¿quién no se entristeciera,
Madre piadosa, si os viera
sujeta a tanto rigor?
Por los pecados del mundo,
vio a Jesús en tan profundo
tormento la dulce Madre.
Vio morir al Hijo amado,
que rindió desamparado
el espíritu a su Padre.
¡Oh dulce fuente de amor!,
hazme sentir tu dolor
para que llore contigo.
Y que, por mi Cristo amado,
mi corazón abrasado
más viva en él que conmigo.

Y, porque a amarle me anime,
en mi corazón imprime
las llagas que tuvo en sí.
Y de tu Hijo, Señora,
divide conmigo ahora
las que padeció por mí.
Hazme contigo llorar
y de veras lastimar
de sus penas mientras vivo.
Porque acompañar deseo
en la cruz, donde le veo,
tu corazón compasivo.
¡Virgen de vírgenes santas!,
llore ya con ansias tantas,
que el llanto dulce me sea.
Porque su pasión y muerte
tenga en mi alma, de suerte
que siempre sus penas vea.
Haz que su cruz me enamore
y que en ella viva y more
de mi fe y amor indicio.
Porque me inflame y encienda,
y contigo me defienda
en el día del juicio.
Haz que me ampare la muerte
de Cristo, cuando en tan fuerte
trance vida y alma estén.
Porque, cuando quede en calma
el cuerpo, vaya mi alma
a su eterna gloria. Amén.

“La palabra de la cruz es locura para los que se pierden, pero para los que se salvan es poder de Dios” (1 Corintios 1:18). Para Pablo, la cruz es el criterio de verdad del Evangelio. El símbolo cristiano principal no es el sepulcro vacío, sino la cruz.

La Pasión de Jesús ocurre en ese mundo: un mundo donde la humillación vale tanto o más que la violencia física, y donde el deshonor público es una forma extrema de destrucción social. En el Mediterráneo del siglo I lo público definía lo privado, la identidad dependía del reconocimiento ajeno, el cuerpo era un lienzo de honor o vergüenza, la violencia era un lenguaje político, y la multitud era un actor decisivo. En esa sociedad de honor y vergüenza, la identidad de una persona no dependía tanto de su interioridad como de su reputación pública, y los mecanismos de humillación, burla y exhibición corporal constituían instrumentos legítimos de control social. Por eso después del dictamen de Pilato, los soldados romanos despliegan contra Jesús un repertorio de actos humillantes: lo visten burlescamente como rey (Mc 15,17), se arrodillan ante Él como una parodia de homenaje (Mc 15,19), lo escupen (Mt 27,30) y lo golpean a la vista de todos (Jn 19,3).

Para la audiencia que era testigo de esto, no se trataba de simples agresiones físicas: eran verdaderos ritos de degradación social, a través de los cuales se deshonoraba al condenado y se le situaba en un espacio de vergüenza.

El camino hacia el Gólgota físicamente devastó a Jesús. El imperio romano diseñó la flagelación, o *verberatio*, para quebrar físicamente a los condenados antes de su ejecución. Por eso los latigazos no eran moderados.

Jesús comenzó cargando el patibulum, el madero transversal, pero su debilitamiento extremo causado por la flagelación previa, los azotes, hizo necesaria la intervención forzada de Simón. A él se le llama por su nombre propio ‘Simón de Cirene’ y se detalla que es ‘padre de Alejandro y de Rufo’, lo que nos habla de un testigo a modo de memoria viva dentro de la comunidad primitiva.

Obligar a un hombre debilitado a cargar el instrumento de su propia muerte constituye un ritual público de degradación del honor. El cuerpo frágil del condenado se convierte en espectáculo porque ya no tiene control, autoridad ni protección.

Al cargar el madero de Jesús, Simón de Cirene queda momentáneamente vinculado al estatus del reo: participa, aunque contra su voluntad, en el ritual de humillación. El cuerpo del Cireneo se convierte en una extensión del cuerpo condenado de Jesús. Simón no es un símbolo literario: es una persona recordada porque estuvo allí, involucrado físicamente en el momento más humillante del proceso.

Según la ley imperial, los soldados podían obligar temporalmente a cualquier civil a realizar labores relacionadas con la ejecución. Simón venía del campo, no era del grupo de discípulos ni del círculo urbano, sino un judío de Cirene, en el norte de África, que vino a Jerusalén por la festividad pascual. Incluso quienes no pertenecían al entorno de Jesús quedan implicados

en su muerte. Simón no escoge participar, no elige la cruz; le es impuesta. La cruz irrumpe con violencia en la vida de Simón sin previo aviso. Simón de Cirene no es verdugo ni discípulo, no es autoridad ni multitud hostil. Es un testigo corporal de la humillación. Su memoria fue preservada y su experiencia quedó grabada en la conciencia de la comunidad primitiva.

La muerte de Jesús fue un acontecimiento radicalmente público, observado, interpretado y ratificado por la comunidad. La presencia de la multitud transforma la ejecución en un acto social, donde la identidad del condenado es redefinida ante los ojos del grupo. Lucas añade un detalle: “Le seguía un gran número del pueblo, y de mujeres que se lamentaban y lloraban por él” (Lc 23,27)

La mirada de la multitud no es neutral. En sociedades de honor y vergüenza, la identidad social se construye y se destruye ante los ojos del grupo. Ser observado mientras se pierde el control del propio cuerpo —agotado, ensangrentado, forzado a caminar hacia la muerte— equivale a una muerte social previa. La multitud no solo mira; juzga y da significado a lo que ocurre. El silencio, la burla o el llanto no son solo reacciones particulares, sino respuestas socialmente significativas. Por eso el via crucis no es solo un camino físico, sino un proceso de deshonra progresiva que culmina cuando la comunidad acepta, explícita o implícitamente, que el ajusticiado merece su suerte.

La desnudez elevada en público

Las crucifixiones se realizaban deliberadamente en lugares públicos y visibles, frecuentados por gente, cerca de caminos principales o entradas a la ciudad. El objetivo era hacer del cuerpo muerto del condenado un mensaje. El Gólgota estaba fuera de las murallas de Jerusalén. La crucifixión no solo mata, sino que exilia socialmente al reo incluso antes de su muerte.

Una vez en el Gólgota, el cuerpo de Jesús es elevado sobre la cruz (Mc 15,24; Jn 19,18). La elevación es un recurso para maximizar la exposición visual. El cuerpo suspendido es visible desde lejos, accesible a la mirada, al insulto y a la burla.

En el Mediterráneo antiguo, el control del propio cuerpo es un elemento esencial del honor masculino. En la cruz, ese control se pierde por completo: el cuerpo es inmovilizado, los movimientos son involuntarios, el dolor es inescapable, la respiración se vuelve lucha visible. Al perder el control corporal, el condenado ha sido despojado de toda agencia social. El cuerpo deja de ser expresión de identidad y se convierte en objeto de dominio estatal.

Los soldados se repartieron las vestiduras de Jesús. Los evangelios no explicitan la desnudez, pero la práctica romana era muy clara: los crucificados eran ejecutados completamente desnudos. En la cultura judía y mediterránea, la desnudez pública masculina representa: pérdida total de honor, vulnerabilidad extrema, infantilización del adulto, exposición sin defensa.

La desnudez forzada es una muerte social intensificada, porque despoja de los últimos restos de dignidad personal. La desnudez convierte al condenado en espectáculo y lo priva de cualquier posibilidad de recuperar honor, incluso después de muerto.

La crucifixión es un acto brutal. Sin embargo los cuatro evangelios lo relatan de un modo extremadamente breve: “Y le crucificaron” (Mc 15,24; Mt 27,35; Lc 23,33; Jn 19,18). ¿Por qué no dicen más? Porque la crucifixión era demasiado conocida y temida. El solo verbo “crucificar” llevaba consigo todo un universo de violencia, dolor y vergüenza.

Fijar a alguien a la cruz implicaba clavar o atar los brazos al patibulum y luego asegurar el cuerpo al poste vertical. Los clavos atravesaban generalmente los huesos del carpo o el antebrazo, y los pies podían ser fijados juntos o por separado. Se buscaba una agonía prolongada, visible y ejemplar.

En muchas culturas antiguas, lo elevado está asociado al honor, a la cercanía divina. Sin embargo, en la cruz, la elevación es irónica: cuanto más alto está el cuerpo, más visible es su vergüenza. Los evangelios relatan que, ya en la cruz, “los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza” (Mc 15,29; Mt 27,39). El gesto de mover la cabeza no es una anécdota: en la cultura semítica y grecorromana, indica desprecio público, negación del honor del otro.

A estos gestos se suma el lenguaje verbal de burla: “¡Ha salvado a otros, a sí mismo no puede salvarse!” (Mc 15:31), “Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz” (Mt 27,40).

La multitud reproduce un guion cultural y religioso muy arraigado. La burla cumple una función clara: eliminar la ambigüedad moral. Un condenado que inspira compasión podría convertirse en mártir; un condenado ridiculizado pierde toda posibilidad de reivindicación pública. La burla colectiva asegura que el honor del reo no pueda ser restaurado ni siquiera después de muerto.

La presencia activa de la multitud sirve además para legitimar el uso de la violencia estatal. Cuando la multitud se burla, asiente o simplemente permanece observando, el poder imperial logra su objetivo: el castigo parece justo, necesario, inevitable.

El silencio de Dios

Un elemento esencial en el relato de la crucifixión es el silencio de Dios. Una vez que Jesús ha sido crucificado, cuando el cuerpo cuelga inmóvil y la burla se repite sin respuesta, pesa la ausencia de una intervención divina visible. Los evangelios nos muestran con claridad el abandono del Justo por Dios.

El silencio de Dios no es una omisión casual. Tras el grito de Jesús no hay respuesta divina, celestial, no hay ángeles ni liberación, lo que contrasta radicalmente con otros momentos

del evangelio: en el bautismo, Dios habla; en la transfiguración, Dios habla; en la tentación, los ángeles sirven; en Getsemaní, un ángel fortalece. Pero en la cruz, Dios guarda silencio.

El evangelio de Marcos, en particular, resiste cualquier impulso de explicar, justificar o consolar prematuramente la experiencia de Jesús. La cruz no es narrada como victoria anticipada, sino como oscuridad sin aclaración inmediata. Este silencio crea un espacio de tensión insoportable: el lector espera una intervención que no llega. Y esa espera frustrada es parte del mensaje. El punto culminante de esta experiencia se expresa en el grito:

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”

(Mc 15,34; Mt 27,46)

Durante siglos, la teología cristiana ha tendido a proteger la imagen de Jesús reinterpretando el grito como una simple cita consciente del Salmo 22, como una suerte de acto de confianza implícita. El argumento suele ser este: Jesús cita el inicio del salmo para evocar todo el salmo, que termina en reivindicación; por tanto, el grito no expresa abandono real, sino esperanza velada.

Sin embargo, Marcos no cita el final del Salmo, solo el inicio. El evangelista no conduce al lector hacia la alabanza final del salmo; lo deja suspendido en la pregunta. Esto significa que el grito no es un recurso tranquilizador, sino la expresión de una experiencia real de abandono. Jesús no muere con una conciencia serena de victoria, sino atravesando la experiencia humana extrema de la ausencia de Dios. No es solo sufrimiento físico; también es sufrimiento espiritual, existencial, teológico.

Aquí se alcanza el punto más delicado. El grito plantea una pregunta inevitable: ¿Puede el Hijo de Dios ser abandonado por Dios?

En la cruz, el Hijo experimenta el abandono, y el Padre experimenta la pérdida del Hijo. No se trata de separación ontológica, del ser, sino de distancia relacional vivida en el amor.

No se trata de explicar el misterio, sino de respetar el escándalo del texto. El abandono no es ilusión psicológica; es parte del acontecimiento salvífico.

El grito del Salmo 22 representa el punto más profundo de la encarnación. Jesús no solo asume la carne; asume la experiencia humana de Dios ausente.

No hay experiencia humana —ni siquiera la sensación de abandono por Dios— que Dios no haya atravesado.

Si el abandono de Jesús no es real, entonces la cruz pierde su carácter radical y se convierte en teatro religioso. El grito confirma —desde la perspectiva humana— que **Jesús ha fracasado**. La burla tenía razón: Dios no lo salvó. Y precisamente ahí el evangelio sitúa el corazón de su mensaje.

No hay respuestas inmediatas. La fe no se apoya en signos visibles, sino en la confianza posterior que nacerá solo a la luz de la resurrección. El grito del Salmo 22 no prepara la resurrección; la hace necesaria. Sin este grito, la resurrección no sería respuesta, sino añadido.

El grito de Jesús no es expresión de incredulidad. La forma misma de la invocación —“Dios mío”— indica que la relación no ha sido negada. Pero esa relación se vive ahora como incomprensible y dolorosa.

Hay una tensión que los evangelios no resuelven: Jesús confía en su Padre, pero no lo siente presente. Ora, pero no recibe respuesta. Es Hijo, pero muere como abandonado. La cruz nos presenta una fe que no es triunfalista, sino probada hasta el límite, una fe que persiste sin consuelo. Jesús no abandona a Dios; experimenta que Dios lo ha abandonado. Y esa experiencia es narrada sin corrección ni censura.

Desde una perspectiva judía del siglo I, el silencio de Dios ante el sufrimiento del justo es profundamente problemático. Se presupone que Dios interviene para reivindicar a sus elegidos. Al no intervenir, el Padre coloca a su Hijo en la posición más escandalosa posible: no solo sufre, sino que parece desmentido por el Padre. El Mesías no solo muere; muere sin señal divina de aprobación. Los evangelios no evitan este escándalo, sino que lo colocan en primer plano porque ahí radificará la reinterpretación cristiana posterior.

Marcos es el evangelio más radical en este punto. Jesús grita, y muere poco después. No hay palabra final de confianza explícita, no hay entrega serena del espíritu, no hay diálogo consolador. La última palabra audible de Jesús es una pregunta sin respuesta. El Hijo de Dios experimenta hasta el final lo que significa la condición humana marcada por el sufrimiento y la ausencia de sentido.

Mateo introduce signos cósmicos que sugieren una reivindicación futura. Sin embargo, incluso en Mateo, el grito de abandono no es suavizado. La experiencia permanece auténtica. Lucas y Juan no niegan el silencio de Dios, pero lo reconfiguran teológicamente. Lucas desplaza el centro desde el abandono hacia la confianza: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46). Esto no elimina el sufrimiento, pero presenta a Jesús como el justo que muere confiado, incluso sin intervención visible. El silencio de Dios no es negado; es habitado con fe. Juan, por su parte, reinterpreta el silencio como cumplimiento: “Todo está cumplido” (Jn 19,30). Aquí no hay abandono expresado. El silencio se convierte en plenitud de sentido, aunque sigue siendo silencio. Cada evangelio responde de modo distinto a la misma realidad histórica: la muerte de Jesús sin rescate divino visible.

El grito de abandono ha sido interpretado en clave trinitaria. La cruz no es solo el sufrimiento del hombre Jesús, sino un acontecimiento dentro de Dios. El Padre no abandona al Hijo en indiferencia, sino que el Hijo experimenta el abandono en la relación misma. No se trata de ruptura ontológica, sino de distancia relacional experimentada. Dios no está ausente de la

cruz; está presente como silencio. Dios no salva desde fuera; **permanece dentro del sufrimiento sin eliminarlo.**

Este silencio adquiere una fuerza inmensa. La cruz revela un Dios que no responde siempre con alivio inmediato, sino que acompaña sin explicar.

El silencio de Dios en la cruz significa que no hay experiencia humana de abandono que Dios no haya atravesado. La fe cristiana no promete ausencia de silencio, sino presencia divina en medio de él.

Esto convierte la cruz en lugar de identificación para todos los que experimentan la ausencia de sentido, la oración sin respuesta, la fe sin consuelo, la confianza sin señales.

El clamor de Cristo se conecta con la experiencia del creyente que atraviesa momentos de sequedad espiritual o silencio divino. Aunque el cristiano pueda sentir abandono, este nunca es definitivo ni condenatorio, porque Cristo ya ocupó ese lugar en la cruz.

Un dolor que no deja de doler

La muerte de Jesús en la cruz no fue inmediata. Marcos especifica que Jesús fue crucificado “a la hora tercera” y murió “a la hora novena” (Mc 15:25, 33–37). Ello supone varias horas de agonía pública. La cruz no es un instante decisivo aislado; es una duración sostenida de sufrimiento, exposición y espera.

La crucifixión estaba diseñada para prolongar el castigo. Su eficacia no residía en la rapidez, sino en la lentitud. El condenado no solo moría; se desgastaba ante la mirada de todos. El tiempo se convertía en un aliado del poder: cada minuto adicional reforzaba la humillación y la disuasión. [¿No manipulan el tiempo los líderes de las naciones en guerra?](#)

El sufrimiento que dura plantea preguntas distintas al sufrimiento súbito: no solo “¿por qué?”, sino “¿hasta cuándo?”. “¿Hasta cuándo, Señor, me olvidarás para siempre?” (Sal 13,1) “¿Hasta cuándo clamaré, y no oirás?” (Hab 1,2)

Al permanecer horas en la cruz sin rescate visible, Jesús encarna esta pregunta sin respuesta. La fe no se presenta en los evangelios como certeza inmediata, sino como resistencia fiel en el tiempo del silencio.

El tiempo prolongado de la crucifixión sitúa a Jesús dentro de la figura bíblica del justo sufriente que espera sin ver vindicación inmediata. El Salmo 22 ya invocado explícitamente en el grito de Jesús (Mc 15,34) describe no solo abandono, sino también duración del sufrimiento: “De día clamo y no respondes; de noche, y no hay para mí reposo” (Sal 22,2).

Esta dimensión temporal es clave. El justo no sufre solo intensamente; sufre largamente. Esta prolongación es esencial para comprender la cruz como solidaridad con la experiencia humana real, donde el dolor rara vez es breve.

En muchas tradiciones religiosas —y también en ciertas lecturas cristianas— el énfasis recae en el desenlace: muerte redentora, victoria final, resurrección. Sin embargo, los evangelios se resisten a una teología que salte rápidamente al final. Insisten en que hay un tiempo intermedio, un “mientras tanto” donde no ocurre nada visible, donde el sufrimiento simplemente continúa.

La cruz no es un momento heroico condensado, sino de una duración humillante, una experiencia que se arrastra sin sentido aparente. Este aspecto es crucial porque conecta la cruz con la experiencia real de millones de seres humanos cuyo sufrimiento no se resuelve, no se explica y no se detiene rápidamente. La cruz, precisamente por su duración, se vuelve lugar de identificación con esas vidas.

Desde esta perspectiva, la teología de la cruz no promete rescates inmediatos, sino presencia fiel en el tiempo largo del dolor. Porque una de las mayores complicaciones del dolor humano se da cuando no para de doler. Jesús no asume solo el instante de la muerte, sino la experiencia humana del tiempo que pesa, del tiempo en el que nada cambia.

La compasión no se limita al dolor extremo, sino a la espera agotadora, a la resistencia sin alivio. Precisamente esta duración hace que la cruz dialogue con el sufrimiento persistente de la humanidad. La duración de la cruz ilumina los largos “mientras tanto” de la existencia humana: enfermedad crónica, injusticia prolongada, duelo sin cierre. El hecho de que Jesús permanezca horas en la cruz sin rescate visible afirma que ese tiempo no está vacío de Dios.

El cuerpo crucificado como revelación de Dios

En los relatos evangélicos, la revelación de Dios no ocurre a pesar del cuerpo crucificado de Jesús, sino precisamente en él. Según todos los criterios religiosos, culturales y jurídicos del mundo antiguo, algo que debería ocultar a Dios —un cuerpo torturado, desnudo y ejecutado como criminal— se convierte en el lugar donde Dios se manifiesta con mayor claridad.

La cruz no ofrece primero una interpretación; ofrece un cuerpo. Un cuerpo que cuelga, sangra, se agota y muere.

En la tradición religiosa antigua, Dios se revela asociado a gloria, luz, poder y altura. En contraste, los evangelios sitúan la revelación decisiva en la degradación física. Juan expresa esta paradoja de manera programática: “Y el Verbo se hizo carne” (Juan 1:14).

La encarnación culmina asumiendo un cuerpo violentado. El cuerpo crucificado es la encarnación llevada hasta el final. La encarnación sin la cruz quedaría incompleta.

Desde esta perspectiva, la revelación no consiste en escapar del cuerpo, sino en habitarlo hasta el extremo, incluso cuando ese cuerpo se convierte en lugar de vergüenza y muerte.

Pablo formula con crudeza el impacto de esta afirmación: “Nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles” (1 Corintios 1:23).

El escándalo no es solo que Dios muera, sino que Dios se deje conocer en un cuerpo ajusticiado. Entre los judíos, un cuerpo colgado del madero estaba asociado con la maldición (Dt 21,23). En la cultura grecorromana, la crucifixión era incompatible con la dignidad divina. Sin embargo, los evangelios no alejan la revelación fuera de este cuerpo; la fijan ahí. Esto significa que Dios se muestra donde las categorías religiosas fallan. El cuerpo crucificado es el lugar donde Dios decide mostrarse.

La crucifixión es una ejecución diseñada para ser vista. El cuerpo elevado en la cruz queda expuesto a todas las miradas. La revelación de Dios no ocurre en lo secreto, sino en lo públicamente escandaloso.

La impotencia física de Jesús no contradice, sino que redefine el poder de Dios. El cuerpo crucificado no puede moverse, defenderse ni resistir. Está completamente a merced de otros. Sin embargo, los evangelios interpretan esta impotencia como obediencia fiel: “Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Flp 2,8).

El poder de Dios no se manifiesta aquí como intervención espectacular, sino como fidelidad corporal. La cruz revela un Dios cuya fuerza no consiste en evitar el sufrimiento, sino en permanecer dentro de él sin abandonarlo. El cuerpo crucificado se convierte así en crítica teológica a toda concepción de Dios basada exclusivamente en control, éxito o eficacia.

En los evangelios, conocer a Dios no es primero una operación intelectual, sino una confrontación corporal. El cuerpo herido de Jesús habla incluso cuando guarda silencio. Sus llagas, su desnudez y su agotamiento comunican una verdad que no puede reducirse a conceptos.

El evangelio de Juan lo expresa indirectamente al narrar la lanzada en el costado: “Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua” (Jn 19,34). El cuerpo de Jesús se abre y, al abrirse, da vida. La revelación de Dios no ocurre mediante discurso, sino mediante entrega corporal. El Espíritu no es dado desde el cielo, sino desde el cuerpo herido del Crucificado. La vida divina fluye precisamente desde la muerte de Jesús, no después de ella.

La apertura del costado funciona como una comunicación silenciosa. El cuerpo dice lo que ya no puede decir con palabras: que la vida de Dios se da sin reserva, incluso a costa de ser traspasada.

Dios se revela no explicando, sino entregándose corporalmente.

La lanzada en el costado es, teológicamente, la apertura del templo definitivo. Si del templo fluía vida, ahora del cuerpo de Jesús fluye vida. La revelación de Dios ya no se localiza en un espacio sagrado cerrado, sino en un cuerpo abierto. Dios no habita en lo protegido, sino en lo atravesado.

El cuerpo crucificado revela no solo algo sobre Jesús, sino algo decisivo sobre quién es Dios. Dios no se define por la distancia frente al sufrimiento, sino por la solidaridad radical con el que sufre: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9).

Dios no solo se revela en la cruz; Dios está crucificado en la cruz. El cuerpo crucificado de Jesús es la imagen más clara de Dios que los evangelios ofrecen. No una imagen idealizada, sino una imagen herida.

El teólogo Karl Rahner expresa que la cruz revela que Dios no es el contrario del sufrimiento humano, sino Aquél que lo asume desde dentro. El cuerpo crucificado no explica el sufrimiento; lo acompaña. No responde al “por qué”, sino que transforma el “dónde”: Dios está ahí. En el cuerpo colgado, humillado y moribundo.

Dios se revela ocultándose

Los evangelios sinópticos introducen, en el corazón mismo de la crucifixión, un signo cósmico de enorme densidad simbólica: “Cuando llegó la hora sexta, hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora novena” (Mc 15,33; Mt 27,45; Lc 23,44).

La oscuridad en la cruz no indica simplemente el retiro de Dios, sino una forma extrema de su presencia, imposible de captar sin mediación.

La oscuridad tiene además una función narrativa crucial: impide la visión clara. Durante horas, el cuerpo crucificado de Jesús queda envuelto en tinieblas. Esto intensifica la experiencia del abandono: no solo Dios no habla; tampoco se deja ver.

Sin embargo, este ocultamiento no equivale a ausencia. Sabemos que Dios a menudo actúa desde lo oculto: “Verdaderamente Tú eres un Dios que se esconde” (Is 45,15). Aplicado a la cruz, esto implica que Dios no se ha retirado del acontecimiento; está presente de un modo que no puede ser captado directamente.

La oscuridad protege el misterio de la cruz frente a lecturas simplistas: Dios no interviene visiblemente, pero tampoco abandona el escenario. Su acción ocurre en el ocultamiento, no en el espectáculo.

Desde una perspectiva existencial, **la oscuridad sobre la tierra representa el límite del conocimiento humano frente al sufrimiento radical**. Durante ese tiempo, no hay interpretación clara, no hay significado evidente, no hay respuesta.

Esto conecta directamente con el grito del Salmo 22 (Mc 15,34). El abandono no es solo de relación; es también de conocimiento. No se sabe dónde está Dios ni qué está haciendo.

Este no-saber forma parte de la revelación. Dios no se da a conocer eliminando la oscuridad, sino atravesándola con el Hijo. La fe que nace de la cruz no es una fe basada en claridad inmediata, sino en fidelidad en medio de la noche.

Lucas añade un detalle significativo: “El sol se oscureció, y el velo del templo se rasgó por la mitad” (Lc 23,45). La oscuridad no es solo en el cosmos, también en el culto. El orden religioso se ve afectado. La forma de acceder a Dios que existía hasta entonces quedó a oscuras. El antiguo sistema de mediación quedó sin sustento. Hay que preparar una nueva forma de acceso a Dios.

Este ocultamiento protege la libertad humana: nadie es forzado a creer por un signo evidente. Al mismo tiempo, revela el carácter de Dios: un Dios que no se impone, que no se explica, que permanece fiel incluso cuando no se deja ver.

El último grito y la entrega del espíritu

Los evangelios no describen la muerte de Jesús como un colapso pasivo, sino como un acto final cargado de sentido, expresado mediante un grito y una entrega. Marcos y Mateo registran un último grito; Lucas y Juan interpretan ese momento como una entrega consciente del espíritu: “Jesús, dando un fuerte grito, expiró” (Mc 15,37; Mt 27,50); “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46); “E inclinando la cabeza, entregó el espíritu” (Jn 19,30).

Jesús muere con voz, con intención, con relación.

Marcos subraya que Jesús muere “dando un gran grito”. En el contexto de la crucifixión, este detalle es sorprendente. Un crucificado normalmente moría por asfixia progresiva; el agotamiento hacía imposible un grito fuerte. Precisamente por eso, el grito final tiene valor narrativo y teológico. Jesús no se va apagando lento, sino que expira con voz. El grito indica que la muerte no simplemente le ocurre, sino que la asume. El Hijo del Hombre conserva la voz hasta el final, cuando todo poder visible le ha sido arrebatado. La muerte ocurre, pero no como silencio impuesto.

En Lucas el grito final se convierte en una oración confiada, con una cita explícita de la Escritura: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Sal 31,5; Lc 23,46). Lucas no suprime el sufrimiento ni la oscuridad, pero presenta el desenlace como un acto relacional. Jesús muere hablando a Dios, no hablando sobre Dios. Lucas presenta a Jesús como el justo mártir, cuya muerte no es desesperación, sino fidelidad perseverante.

Esto es fundamental: el silencio de Dios no destruye la relación. La entrega del espíritu no depende de una respuesta visible; depende de la confianza mantenida hasta el final.

En Juan, hay una formulación más profunda y explícita: “Todo está cumplido” ... “entregó el espíritu” (Jn 19,30). No se usa el verbo “morir” sino el verbo entregar. El espíritu no es arrebatado; es donado. Incluso en la muerte, Jesús actúa. En Juan la muerte de Jesús es inseparable de su glorificación: es la cruz el momento en que la misión se consuma, no se interrumpe. La entrega del espíritu anticipa, además, el don del Espíritu a la comunidad (Jn 20,22).

En los cuatro evangelios, el espíritu no es solo el principio vital que cesa; es el lugar de la relación con Dios. La entrega del espíritu indica que la vida de Jesús no termina en absurdo, sino en don, regalo. Este gesto nos habla de Dios: Dios se da hasta el último aliento, sin reservas.

El último grito marca una frontera. Hasta el grito, la revelación es en palabras, signos, cuerpo. Después del grito, hay silencio. La muerte introduce una pausa radical en la narración: no hay explicación inmediata, no hay interpretación desde dentro del acontecimiento. La revelación cristiana no elimina el silencio de la muerte; lo atraviesa. La fe no se apoya en una última palabra clara, sino en una entrega que queda sin respuesta visible.

Este silencio final protege el carácter escandaloso de la cruz: la muerte no se vuelve transparente ni consoladora; queda abierta, a la espera de la acción futura de Dios. Este silencio final se solidariza con todos los dolientes que no entendemos el dolor, que no lo soportamos, que nos resistimos y que experimentamos rabia, desolación, angustia, vacío.

La revelación no culmina con una explicación, sino con una entrega confiada.

El velo del templo rasgado, nuevo culto desde la humanidad de Dios

Inmediatamente después de la muerte de Jesús, los evangelios sinópticos introducen un signo cultural decisivo: “Y el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo” (Mc 15,38; Mt 27,51; Lc 23,45).

Mientras el cuerpo de Jesús se abre en la cruz, el templo —lugar tradicional de la presencia de Dios— se abre también. El cuerpo crucificado sustituye al espacio cultural cerrado.

En el templo, el velo separaba el Lugar Santísimo del resto del santuario (Éx 26,31–33). Este espacio representaba la presencia inaccesible de Dios, a la que solo el sumo sacerdote podía acceder una vez al año, en el Día de la Expiación (Lv 16; Lv 2, 29–34).

El velo cumplía una doble función teológica: protegía al pueblo de una cercanía peligrosa a lo santo, y al mismo tiempo marcaba la distancia entre Dios y la humanidad. El velo era signo de una santidad que no podía ser atravesada sin mediación. Al decir que el velo se rasga “de arriba abajo”, los evangelistas nos recuerdan que la acción no procede de los seres humanos, sino de Dios mismo.

Dios mismo interviene, no para salvar a Jesús de la muerte, sino para interpretar su muerte. ¿Cómo? Dios no impide la cruz, pero responde a ella abriendo el acceso que el templo regulaba.

Por una parte el templo, como sistema de mediación sacrificial, queda desautorizado como lugar exclusivo del encuentro con Dios. Nadie puede arrogarse el monopolio de la salvación.

El velo rasgado indica que el antiguo modo de acceso ha llegado a su límite. Dios ya no se deja confinar en un espacio protegido por barreras culturales.

Pero, por otra parte, la apertura del velo implica que todo aquello que estaba restringido se vuelve accesible. El templo es el lugar donde cielo y tierra se superponen, y su historia bíblica apunta hacia una expansión progresiva de la presencia de Dios, culminando en Cristo.

El velo del templo no era solo una cortina, sino todo un símbolo. Porque separaba cielo y tierra, marcaba el límite entre lo humano y lo divino, protegía la santidad peligrosa de Dios. El velo funcionaba como una barrera simbólica que restringía el acceso a la presencia divina, como reflejo de la exclusión de Adán del Edén. Por tanto, cuando el velo se rasga, no solo se abre el templo: se revierte simbólicamente la expulsión del Edén. El sistema de culto del templo quedó obsoleto, porque la realidad a la que apuntaba ya llegó. Su rol ha sido consumado y superado en Cristo. el templo ya no puede cumplir su función mediadora.

A partir del sacrificio de Cristo en la Cruz, tenemos plena libertad para entrar en el Lugar Santísimo “por la sangre de Jesús” (Heb 10,19–20). El cuerpo de Jesús es el nuevo y vivo camino hacia Dios. El acceso ya no se regula por rituales repetidos, sino por una entrega corporal única.

Esto se conecta directamente con la lanzada en el costado (Jn 19,34): el cuerpo abierto de Jesús y el velo rasgado del templo expresan la misma verdad desde dos lenguajes distintos.

Este es un gran cambio que sella el cristianismo primitivo: la revelación ya no se localiza en un lugar, sino en un cuerpo. El espacio que antes separaba ahora cede ante la carne entregada. Dios no habita detrás de un velo; habita en el Crucificado.

Es importante subrayar que este acceso no se abre mediante victoria visible, sino a través de la muerte. El velo se rasga cuando Jesús expira, no cuando resucita. La cercanía a Dios pasa por la cruz, no la evita.

Esto es clave evitar una teología triunfalista: el acceso a Dios no se logra esquivando el sufrimiento, sino atravesándolo con Cristo.

Si el acceso a Dios ya no está restringido a una élite sacerdotal, entonces la comunidad creyente se define por una igualdad radical ante Dios: “Ya no hay judío ni griego... porque todos son uno en Cristo Jesús” (Gal 3,28).

El signo del velo rasgado anticipa esta reconfiguración comunitaria: el acceso es abierto, pero no indiscriminado; es abierto en Cristo.

La palabra final del centurión

Los evangelios colocan una palabra final inesperada en boca de quien menos se esperaría: un oficial romano encargado de la ejecución. Esta confesión funciona como veredicto, y como reconocimiento tardío de la verdad. Los evangelios sinópticos coinciden en registrar una reacción decisiva tras la muerte de Jesús: “Viendo el centurión que estaba frente a él cómo había expirado, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (Mc 15,39). La confesión del centurión aparece como el primer juicio humano correcto pronunciado tras la cruz.

El centurión no es un discípulo, ni un peregrino compasivo, ni un líder religioso. Es un oficial romano, representante directo del poder imperial, responsable de supervisar ejecuciones. El mismo sistema que condenó a Jesús produce ahora el testigo que lo absuelve. La verdad de Jesús emerge desde dentro del aparato de violencia que lo mata, no desde fuera.

Marcos introduce una clave interpretativa fundamental: “Viendo... cómo había expirado” (Mc 15,39). El centurión no confiesa tras oír una enseñanza ni presenciar un milagro, sino tras contemplar la forma de la muerte. Lo que revela la identidad de Jesús no es solo el hecho de morir, sino la manera de hacerlo. ¿A qué se refiere esto? A cuánto duró el sufrimiento, su grito final, su entrega del espíritu, la ausencia de resistencia, la fidelidad sin rescate visible. El centurión logra identificar a Jesús desde la cruz. La muerte no oculta la verdad; la revela.

La confesión del centurión funciona como el veredicto final del juicio iniciado ante Pilato. El tribunal humano había declarado culpable a Jesús; el relato evangélico permite que la última

palabra humana contradiga ese fallo. La verdad de Jesús no se impone inmediatamente, pero emerge finalmente, incluso desde labios inesperados. El poder que ejecuta termina proclamando la verdad que pretendía silenciar. El juicio humano se vuelve contra sí mismo.

Este centurión no es un seguidor de Jesús, no fue llamado, no tuvo comunidad. Su confesión no es eclesial, sino un testimonio objetivo. Es decir, la verdad de Jesús puede ser reconocida incluso sin fe desarrollada. La confesión del centurión no salva al sistema; lo condena. Tras el silencio de Dios durante la crucifixión, la confesión del centurión se convierte en la primera palabra humana adecuada. No explica la cruz, no la justifica, no la embellece. Simplemente dice la verdad.

Esta verdad no surge antes de la muerte, sino después de haberla atravesado. El reconocimiento llega tarde, pero llega. La verdad de Dios no siempre es reconocida en el momento, pero no queda anulada. La confesión del centurión constituye el veredicto final del relato de la crucifixión. En ella, los evangelios afirman que el juicio humano ha fallado, la verdad emerge desde el lugar de la violencia, la identidad de Jesús se revela en la forma de su muerte y la cruz produce su propia interpretación.

Resulta asombrosa esta enseñanza: el último juicio humano sobre Jesús no lo pronuncia un discípulo, sino un ejecutor. No lo dicta un tribunal religioso, sino un soldado pagano. Y no se basa en poder, sino en la fidelidad del Crucificado hasta el final.

Así, el relato de la cruz concluye no con una explicación, sino con un veredicto verdadero: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.

La fiel permanencia de las mujeres

Según los evangelios, las mujeres son las únicas que acompañan a Jesús hasta el final sin intervención divina. Ven morir al Mesías sin rescate, sin ángeles, sin vindicación visible. Su presencia afirma algo radical: Dios puede parecer derrotado y aun así ser digno de fidelidad. La fe que depende del éxito no permanece en la cruz. La fe que permanece en la cruz no depende del éxito.

Las mujeres al pie de la cruz encarnan una forma de testimonio que no grita, no juzga y no explica. Su autoridad no procede de palabras, sino de permanencia fiel. En ellas, los evangelios afirman que el verdadero discipulado no huye de la derrota, la fidelidad puede existir sin comprensión, el testimonio puede ser silencioso y aun así decisivo, y la memoria pascual nace junto a la cruz.

Antes de que la resurrección sea proclamada, alguien debe haber permanecido. Ese alguien, según los evangelios, fueron las mujeres.

La sepultura y el silencio del sábado

Existe un tiempo intermedio entre la muerte y la resurrección: la sepultura y el silencio. El sábado la revelación no avanza mediante palabras ni signos visibles; avanza deteniéndose. El cristianismo confiesa que Dios actúa también —y de modo crucial— cuando no ocurre nada.

Tras la confesión del centurión y la presencia fiel de las mujeres, los evangelios bajan el ritmo narrativo. El cuerpo de Jesús es retirado de la cruz, envuelto, depositado y sellado. El lenguaje se vuelve sobrio; los verbos, mínimos; la acción, contenida.

En el mundo antiguo, la sepultura no era un detalle piadoso; era la confirmación social y jurídica de la muerte. Un cuerpo sepultado es un cuerpo definitivamente fuera del mundo de los vivos. Al narrar cuidadosamente la sepultura, los evangelios cierran toda ambigüedad: Jesús no está inconsciente, ni en tránsito; está muerto.

La Pascua no será la supervivencia del alma, sino la acción de Dios sobre un cuerpo verdaderamente muerto. La revelación cristiana no elude la muerte: la atraviesa por completo.

Lucas introduce explícitamente la dimensión sabática: “Era el día de la preparación, y estaba por comenzar el sábado” (Lc 23,54); “Y descansaron el sábado conforme al mandamiento” (Lc 23,56).

Aquí la narración se detiene. El mandamiento del shabat impone inactividad. Nadie puede unguir el cuerpo, nadie puede completar los ritos. Todo queda inconcluso.

El shabat no es vacío; es espera obediente. La comunidad no acelera la acción de Dios. Aprende a no intervenir. La comunidad obedece el mandamiento precisamente cuando toda acción parece inútil. El shabat se convierte así en un espacio narrativo donde la fe se expresa no haciendo, sino deteniéndose ante la muerte sin intentar resolverla.

El shabat protege la cruz de toda teología apresurada: Dios no “corrige” rápidamente la muerte de Jesús. Permite que la muerte sea plenamente muerte. Solo así la resurrección será realmente nueva creación y no simple reparación.

Este silencio es, por tanto, un acto teológico: Dios honra el límite que Él mismo ha aceptado en la encarnación.

La sepultura y el shabat crean un espacio intermedio: Jesús ha muerto, pero no ha resucitado aún. Este “entre” es existencialmente decisivo. Es el lugar donde la fe no puede apoyarse ni en la presencia visible ni en la victoria proclamada. Los evangelios no suavizan este intervalo. Las mujeres se van tristes; los discípulos permanecen ocultos; la tumba está cerrada. La teología del shabat afirma que la fe auténtica debe atravesar tiempos donde no hay evidencias. Este día es el descenso total al silencio, donde la obediencia del Hijo alcanza su forma más extrema: permanecer muerto.

El detalle del sello y la guardia en la sepultura (Mt 27,66) refuerza la clausura. Nada puede ocurrir. Nadie puede intervenir. El mundo ha hecho todo lo posible por cerrar definitivamente la historia de Jesús. Este cierre absoluto prepara la revelación pascual: si algo ocurre después, no puede atribuirse a iniciativa humana. El shabat garantiza la gratuidad radical de la resurrección.

Se une el sábado de la Creación al sábado de la Redención. Así como Dios descansó cuando su obra creadora fue concluida, así Cristo descansó cuando su obra redentora estuvo consumada.

La cruz no niega la historia ni la cultura; las atraviesa y las juzga. No evade la violencia; la expone. No explica el sufrimiento; lo habita. Y precisamente por eso, se convierte en el punto desde el cual la fe cristiana puede hablar de nueva creación sin trivializar la muerte. La resurrección no anula la cruz ni el sábado; los confirma. Solo porque Jesús ha sido realmente humillado, realmente ejecutado y realmente sepultado, puede afirmarse que la vida nueva que Dios inaugura no es evasión, sino redención desde dentro de la historia humana.

El sábado santo, en particular, es clave para evitar una lectura apresurada de la Pascua. El silencio, la inacción y el descanso en la tumba no son un vacío narrativo, sino una afirmación teológica decisiva: la muerte es plenamente asumida, la historia queda cerrada, y la fe aprende a esperar sin señales. Solo desde este silencio puede comprenderse la resurrección como acto soberano de Dios, no como desenlace lógico ni corrección rápida de la cruz.

La teología de la cruz no explica el sufrimiento ni ofrece una visión racional de Dios tranquilizadora. Los evangelios no responden el porqué del mal ni del sufrimiento; responden dónde está Dios. Y la respuesta es radical: Dios está en el Crucificado, en el cuerpo humillado, en el silencio, en la espera, en la fidelidad sin garantías.

La vida nueva que Dios inaugura no evade la historia, la violencia ni la muerte; nace desde dentro de ellas. Solo porque Jesús ha sido realmente juzgado, realmente deshonrado, realmente abandonado y realmente sepultado, puede afirmarse que la fe cristiana anuncia una esperanza que no es ilusoria, sino redentora.

Allí donde la historia parece cerrarse en fracaso, los evangelios sitúan el lugar donde Dios se da a conocer con mayor profundidad. La cruz no es un problema que la resurrección resuelve. La cruz es el lugar donde Dios expresa de modo definitivo quién es y cómo actúa.